

XLVIII

SEGUNDA ENTREGA

1 • 9 • 9 • 5

REVISTA UNIVERSITARIA

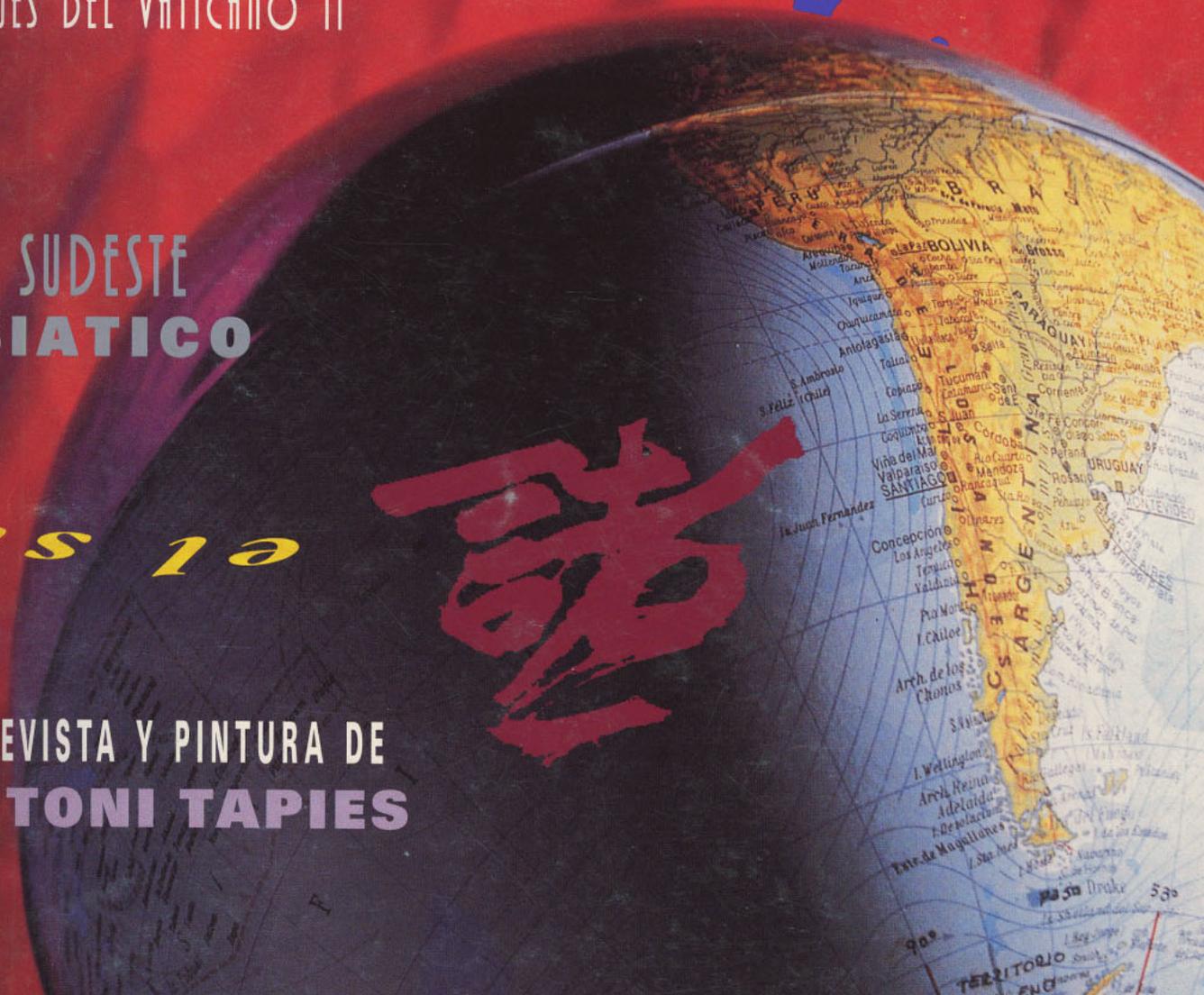
★ **VIGENCIA DEL
CINE CLASICO**

◆ **LA ARQUITECTURA RELIGIOSA
DESPUES DEL VATICANO II**

★ **EL SUDESTE
ASIATICO**

◆ **ENTREVISTA Y PINTURA DE
ANTONI TAPIES**

et s n s



Los Salones Literarios en Chile

y otras instancias culturales



**Primero tertulias,
luego salones literarios.
La vida cultural chilena
durante el siglo XIX
y comienzos del XX
dispuso del tiempo
para hablar, en francés
y en español,
de arte y literatura.**

por María Angélica Muñoz

Los “salones literarios” constituyen un tema de constante interés en el actual desarrollo historiográfico dentro y fuera de Chile, como una de las formas de sociabilidad que caracterizaron el siglo XIX y comienzos del XX.

Es posible que el término “salón” evoque, para muchos, un ambiente de frivolidad, propio de un sector que dispone de tiempo, vinculaciones y dinero. Pero un seguimiento histórico, analítico, permite modificar tal imagen y dar a esa realidad sociocultural una dimensión más trascendente, como luego veremos.

La tarea no es fácil por su magnitud y por la dificultad de acceder a las fuentes adecuadas. Los memorialistas y los autores de epistolarios constituyen, hasta ahora, los testimonios documentales más explícitos, pero los datos no se encuentran siempre sistematizados, sino más bien dispersos entre muchos recuerdos y referencias. Los testimonios orales son también de gran importancia para los períodos más recientes. Pueden añadirse algunas obras literarias muy ilustrativas como, por ejemplo, las de Alberto Blest Gana y Luis Orrego Luco, ambos contertulios, *habitués*, de importantes “salones” y conocedores, por tanto, de su realidad interna.

Consciente de las dimensiones del tema, me limitaré a señalar ciertos aspectos que creo especialmente relevantes para la comprensión del *salón* chileno y de la *tertulia* —términos que, a menudo, se emplean indistintamente—, así como también para percibir el medio histórico en que se sitúan ambas formas de sociabilidad, junto a otras similares y diferentes a la vez.

De contertulio a *habitué*

De acuerdo al desenvolvimiento del país, puede suponerse que el *salón* de los siglos XIX y XX no aparece de improviso, como invención de sectores dirigentes, ni como una mera imitación de los salones europeos, especialmente franceses. Existiría un antecedente muy

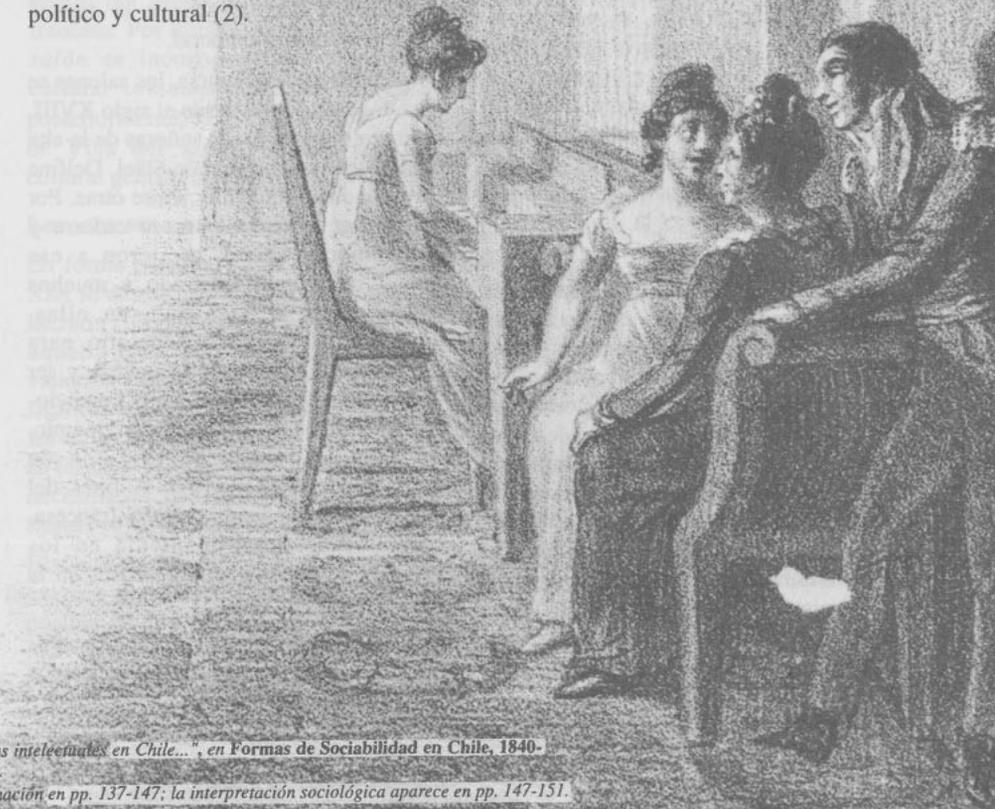
remoto, pero básico, en la vida familiar chilena de los siglos coloniales. Dadas las características geográficas, económicas, históricas en general, del país, la familia agraria desarrolló la tendencia a reunirse en distintas horas del día, pero, de un modo particular, en las horas de la tarde. En las antiguas casas coloniales, las mujeres realizaban labores manuales, los hombres comentaban las actividades del día; en algunos casos, alguien leía para el grupo familiar, donde se cultivaba el pensamiento religioso, se rezaba el rosario y se realizaban otras prácticas de piedad cristiana. Era la tendencia a estar juntos, cuando el medio y las circunstancias de la época no hacían posibles otras alternativas de sociabilidad, o, incluso, éstas se presentaban riesgosas. En esas reuniones vespertinas participaban, con frecuencia, empleados de la casa y de la tierra. Se trataba, así, de una reunión *familiar habitual*, de carácter patriarcal, restringida a ese grupo específico.

Con el transcurso del tiempo, la sociedad y la familia coloniales evolucionaron. Las reuniones se ampliaron, siempre dentro del ambiente familiar, con la presencia de parientes y amigos muy próximos, y el incremento paulatino de elementos recreativos: canto, danza, música, poesía.

Hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, casi en vísperas de la Independencia, la Ilustración había penetrado ya en el país a través de algunos intelectuales que, afrontando riesgos políticos, lograron ingresar importantes colecciones de libros adquiridos en Europa, en la década de 1770. En un tiempo relativamente corto para la época, el pensamiento evolucionó con cierta rapidez. El gobernador Luis Muñoz de Guzmán (1802-1808) abrió el salón de su esposa, Luisa Esterripa, donde ella recibió como contertulios a destacados representantes del mundo intelectual criollo; Juan Egaña, Manuel de Salas y José Antonio de Rojas figuran entre ellos (1).

Pasados los años de la Independencia y las turbulencias que siguieron, a medida que la nación fue logrando estabilidad política, aparecieron nuevamente estas reuniones de intelectuales, muchas de ellas con participación de elementos políticos, hecho que parece haber prevalecido durante la primera mitad del siglo XIX. Con similar intensidad, pero de un modo menos exclusivo, esas *tertulias* se prolongaron durante el resto del siglo XIX.

Entre las primeras *tertulias políticas* figuraron las de Peñalolén. Juan Egaña y su hijo Mariano construyeron una casa en el sector cordillerano para recibir a sus amigos ilustrados. En "la hermita" se reunió sistemáticamente la *tertulia* con la presencia de Andrés Bello, José Miguel de la Barra, Manuel Carvallo y algunos extranjeros residentes en el país. Junto con la conversación e intercambio de opiniones, elaboraron en Peñalolén algunos proyectos fundamentales para la organización del país, especialmente en el orden político y cultural (2).



(1) Godoy Urzúa, Hernán: "Salones literarios y tertulias intelectuales en Chile...", en *Formas de Sociabilidad en Chile, 1840-1940*. Fundación Mario Góngora, Santiago, 1992, p. 137.

(2) *Ibidem*, p. 138. El artículo contiene interesante información en pp. 137-147; la interpretación sociológica aparece en pp. 147-151.

Dentro del sector dirigente hubo también otras *tertulias* en que predominó el carácter literario y artístico, recreativo o, simplemente, social. A lo largo del siglo XIX, desde los comienzos de la República, abundan los nombres de quienes recibieron en sus casas y salones a importantes figuras del mundo intelectual, político, artístico, literario, de su tiempo. Hombres y mujeres, vinculados muchos de ellos, en línea directa, a figuras de la Independencia o a los primeros presidentes republicanos, abrían sus casas para recibir, en día y horas determinados, a otras personalidades, también connotadas en la vida nacional. A su vez, quienes presidían un día su *tertulia*, asistían a otros salones en los días subsiguientes. Existía un notable intercambio social a través de las *tertulias*; éste, sin embargo, no tuvo carácter masivo. La *tertulia* conservó su carácter privativo, cierta intimidad y selección. En ella participaban miembros de antiguas familias, frecuentemente emparentadas entre sí; también amigos muy cercanos y algunos extranjeros que, según se indicó, aportaban sus conocimientos humanísticos o científicos, a veces políticos, al desarrollo de estos verdaderos centros culturales decimonónicos. Por otra parte, el número de asistentes en cada ocasión era muy reducido —menos de diez, por lo general— y la conversación se alternaba, como en otro tiempo, con actos artísticos y recreativos, con bebidas y dulces preparados en casa. En ocasiones, la *tertulia* incluía el almuerzo o la comida de la noche.

Nombrar a los anfitriones y contertulios más destacados nos llevaría demasiado espacio. Sin embargo, algunos casos pueden ilustrar lo ya dicho. Famosos fueron los *salones* —con este nombre se han conocido hasta hoy— de Mercedes Marín del Solar, cuyo padre formó parte de la Primera Junta de Gobierno, en 1810. La esposa del Presidente Bulnes abrió un salón en el Palacio de Gobierno: allí concurrieron grandes figuras del Movimiento Literario de 1842. Hacia mediados del siglo se inicia la *tertulia* conocida como “La Picantería”, organi-

zada por los hermanos Amunátegui, en su casa de la Alameda. En los últimos años del siglo adquirió nuevo vigor, aunque en la misma familia y con nuevas figuras del mundo político, como Arturo Alessandri, muy joven por entonces. Augusto Orrego Luco y su esposa, Martina Barros de Orrego, mantuvieron dos *salones* paralelos en su casa: uno político y otro literario, respectivamente.

Entre los contertulios del siglo XIX, en general, aparecen Rugendas, Isidora Zegers, Manuel Antonio Tocornal, Eusebio Lillo, presidentes de la República, ministros, parlamentarios, escritores, historiadores, poetas (3).

Hacia fines del siglo XIX y, particularmente en el siglo XX, el nombre de *tertulia*, sin desaparecer, fue cediendo primacía, cada vez más, al término *salón*. Coincide este período con las grandes transformaciones que experimentó la sociedad chilena: se fueron imponiendo las ideas liberales sobre las conservadoras; la minería hizo florecer grandes fortunas; aumentaban los viajes a Europa, a Francia en particular, y los contactos con el Viejo Mundo. Algunos intelectuales se radicaron en París, como Vicente Huidobro. Allí recibían en sus *salones* a los chilenos que llegaban a la capital francesa en forma temporal.

Originalmente, en Francia, los salones se habían desarrollado desde el siglo XVIII, y estuvieron a cargo de señoras de la alta nobleza como Madame de Staël, Delfine Gay, Madame Récamier, entre otras. Por su inteligencia brillante, su cultura y refinamiento social, atrajeron a ese medio intelectual ilustrado a muchos escritores y artistas que, en ellas, encontraron el apoyo necesario para integrarse al mundo de la cultura y ser reconocidos según su talento y condiciones personales. Fue el caso, por ejemplo, de Anatole France en el *salón* de Madame de Caillavet (4). A fines del siglo XIX, la tradición cultural francesa, en lo esencial, se mantenía en los *salones*, admirablemente descritos en la obra de Marcel Proust.

En Chile, sin embargo, cambió el nombre de estas reuniones; pero no estamos

tan seguros de que haya variado su contenido. Los *salones* de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX —primera mitad, aproximadamente— recibieron artistas y escritores que, por su talento, fueron incorporados al *salón*, más que promovidos a la manera francesa. Es decir, entraron al mundo selecto, elitista, familiar y tradicional que aún conservaba sus antiguas costumbres, no obstante el pensamiento liberal que allí iba imperando y que provenía de Francia, en particular. El funcionamiento de los *salones* no experimentó grandes cambios, excepto, quizás, en el refinamiento que penetraba toda la vida de los sectores altos de Santiago. Se acentuó, asimismo, la condición “literaria” y “social” de los *salones*, cuyos contertulios —ahora *habitués*— hablaban y leían el francés como su propio idioma. El contenido interno y el carácter selectivo y restringido de estas reuniones continuó siendo el mismo.

Podría afirmarse, por lo tanto, que las *tertulias* coloniales se prolongaron en el siglo XIX, como muchas otras formas y estilos de vida y pensamiento, aunque, tal vez, con mayor intensidad y dinamismo, dada la situación general de la época. En ocasiones se les aplicó el término *salón*. Posteriormente, los *salones* —continuación de las *tertulias*— corresponderían a la tendencia francesa en sus modalidades externas, manifestándose así un desarraigo de las raíces hispánicas que algunos ya empezaban a señalar y lamentar hacia 1900, guiados por la búsqueda de identidad hispanoamericana, más que por razones políticas.

Es mucha la información que aún falta por reunir en lo que toca al siglo XX. La que existe —muy escasa— permite, sin embargo, apreciar que los *salones* brillaron hasta mediados de este siglo. Las profundas transformaciones sociales y culturales especialmente, también las económicas, los hicieron decaer. Se prolongaron algunos, dando la espalda a los cambios, convirtiéndose casi en un refugio de antiguas elites intelectuales, a diferencia de lo que ocurriera en el siglo XIX, según ya se indicó. Las *tertulias* criollas de entonces, incluyendo algunas

(3) Ver Hernán Godoy, op. cit., pp. 137-147.



Juan Egaña



Isidora Zegers



Samuel Lillo



Hernán Díaz Arrieta (Alonso)

de eclesiásticos, fueron, a menudo, protagonistas en el paso de la vida colonial a la sociedad republicana y su consolidación posterior. Los salones del siglo XX, en cambio, parecen haber representado la situación inversa: el mundo de la continuidad, no de la vida criolla, sino, por el contrario, de una forma cultural extranjera que se integró con elementos externos de las antiguas familias chilenas, ya ausentes del poder público, de las transformaciones sociales y económicas que imperaban en el país desde los últimos años del siglo XIX. De ese modo, se apagaron los salones, cuyos últimos vestigios llegan hasta la década de 1970.

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero en nuestro siglo dos salones parecen especialmente significativos: el de Dolores (Lolo) Echeverría Carvallo, en Santiago, y el de Nina Anguita de Rodríguez, en Viña del Mar.

Ambos tenían mucho en común: funcionaban en la tarde, a partir de las seis, y los habitués, o algunos de ellos, se quedaban a comer para proseguir la conversación. En los dos casos, asistían las personalidades más connotadas de la época, dentro del mundo artístico e intelectual. A su vez, Lolo Echeverría y Nina Anguita fueron mutuamente habitués de uno y otro salón, en alguna época. Sin embargo, parece haber existido un leve matiz de diferencia entre ambos. Siendo igualmente selectivos, los nombres de los asistentes y las entrevis-

tas realizadas, tal vez algunas cartas, hacen suponer que el salón de Nina Anguita fue más frecuentado por personas que no siempre representaban a los sectores sociales más altos y tradicionales del país, aunque eran de reconocido talento e importantes vinculaciones. El hecho también se daba en el salón de Lolo Echeverría, pero de un modo, al parecer, más excepcional. Por otra parte, en el salón de Nina Anguita, los escritores españoles y chilenos habrían encontrado, quizás, una mayor recepción, aun dentro del predominio de la literatura francesa. Por último, Nina Anguita y su salón se incorporaron al desarrollo cultural contemporáneo, dando lugar, posteriormente, a la Casa de la Cultura, de Viña del Mar, y a la promoción cultural general dentro de la región.

Los sectores medios y el Ateneo

En forma paralela, desde fines del siglo XIX se desarrolló en Chile otra corriente literaria con distintas características. Fue aquella que, entre expresiones muy variadas, encauzó las inquietudes de los sectores medios, protagonistas principales de la historia del siglo XX. ¿Dónde se forman? ¿Quién o quiénes apoyan sus necesidades culturales? ¿Dónde manifiestan su talento, sus capacidades?

El tema, tan amplio como el anterior, exigiría igual dedicación, lo que no es posible en esta oportunidad. Pero sí parece importante señalar, al menos, que esos sectores no permanecieron pasivos.

Hacia 1890 surge en Santiago el **Ateneo**, bajo el alero del **Club del Progreso**, primero, y luego de la Universidad de Chile. Interesantísima es la descripción, atrayente y erudita a la vez, que hace del **Ateneo** Samuel A. Lillo, en sus *Memorias literarias* (5). Abundan en la obra las figuras representativas, pero hay tres que tuvieron especial relevancia en la orientación de este centro cultural: Enrique Nercasseau y Morán, Julio Vicuña Cifuentes y el propio Samuel Lillo. El primero imprimió al **Ateneo** un carácter fuertemente hispánico en el orden cultural; Vicuña Cifuentes, profesor de Literatura Española en el Instituto Pedagógico, era miembro de la antigua aristocracia serenense; apoyó con énfasis esa tendencia hispánica, e inició estudios acerca de la cultura popular, transmitida en el campo a través de la tradición oral. Eligió para sus investigaciones personas campesinas de distinto sexo y edad, que no supieran leer ni escribir; pertenecían a diversos lugares de la zona central. *Romances populares y vulgares* y *Mitos y supersticiones* son las obras que mejor reflejan el resultado de sus estudios. Samuel Lillo, secretario general de la Universidad de Chile, miembro del **Ateneo** junto a los anteriores, *promovió* directamente la presentación de nuevos escritores, entre los cuales figuró su hermano, Baldomero Lillo. El **Ateneo** recibió la visita de intelectuales españoles, como Blasco Ibáñez y Valle-Inclán, entre otros.

(4) Ver Cristián Jara J.: "Los salones literarios en su vida interna. Paralelo entre la experiencia chilena y la francesa", en *Formas de Sociabilidad en Chile, 1840-1940*. Fundación Mario Góngora, Santiago, 1992, pp. 177-204.

(5) Lillo, Samuel A.: *Espejo del pasado. Memorias literarias*. Editorial Nascimento, Santiago, 1947.

Funcionaba en una amplia sala de la Universidad. Asistían a las sesiones numerosos estudiantes y adultos interesados en las letras, que siempre encontraban acogida. No faltaron contertulios de salones que, de pronto, visitaban las sesiones del **Ateneo**, atraídos por su prestigio y seriedad intelectual, aunque realizadas en un ambiente de sencillez académica, unida a la formalidad de los tiempos.

Después de larga vida, el **Ateneo** dejó de funcionar en 1931. De él derivaron otras instituciones que continuaron acogiendo a la intelectualidad de los sectores medios. Tres fueron los centros de mayor importancia: La *Sociedad de Escritores*, la *Alianza Intelectual* y el *Pen Club*, en su segunda época. La primera inició el Premio Nacional de Literatura y las Ferias del Libro. La Alianza Intelectual fue creada en 1937 por Pablo Neruda y Alberto Romero. El Pen Club, tras un período de decaimiento, resurge con Mary Yan a la cabeza. Benjamín Subercaseaux, Mariano Latorre, Julio Barrenechea, Luis Durand, figuran entre sus miembros destacados.

Además de las instituciones señaladas, muchas otras instancias encontró la clase media para su expresión cultural,

a medida que avanzaba el siglo: librerías como lugares de encuentro — *Nascimento*, *Miranda*, posteriormente *El Arbol*—, grupos de formalidad relativa, como *Los Diez*, *La Colonia Tolstoiana*, academias literarias, algunas escolares, y grupos y talleres diversos que se multiplicaron en el siglo XX.

Las posturas tan diversas entre los salones, el **Ateneo** y demás grupos mencionados permiten apreciar las distintas situaciones sociales y culturales de la época en torno a un mismo interés: las letras escritas y el lenguaje oral de la conversación, implícito en el tema. Sin embargo, pese a las diferencias, existe un elemento común, importante a nuestro juicio, en dichas formas literarias: todas buscan mantener y prolongar una tradición nacional. Los salones recuerdan los orígenes de familias altamente meritorias que, alternando la fuerza con la debilidad, la grandeza con las limitaciones propias de la existencia humana, dieron vida y consistencia al país durante los siglos coloniales y comienzos de la República. Sólo que más tarde adoptan la actitud exclusiva, ya señalada. El **Ateneo** y los centros que en él se

inspiran quieren rescatar las raíces de un pueblo que va tomando conciencia de sí mismo como tal, a través de los grupos medios.

Ambas expresiones corresponden a una continuidad histórica de la sociedad chilena. Un estudio comparativo entre ellas, realizado con mayor extensión, podría ser de gran interés para la comprensión de nuestra realidad nacional en el presente siglo. Entre tanto, queda abierta una pregunta: ¿cuál de las dos vertientes o tendencias expresó con mayor fidelidad la identidad nacional? O bien, ¿fueron ambas complementarias en nuestro desarrollo histórico contemporáneo? Las letras chilenas y su historia tienen, aún, mucho que aportar al respecto.

María Angélica Muñoz, Licenciada en Historia en la Pontificia Universidad Católica, donde es profesora e investigadora del Instituto de Historia. Destacada participante en diversos seminarios y jornadas de estudio. Sus trabajos han sido publicados en libros y revistas especializadas.